

con mil hombres poco mas ó ménos llevando un convoy de armas y municiones. En los primeros tiros salió herido Martinez y fué el motivo por qué no se siguió dando aquella terrible carga de caballería que habíamos presenciado nosotros.

¡Era la primera sangre que se derramaba en nombre del nuevo grito de libertad!

En un solo día, lográndose dar aquel golpe de mano que tantas veces se intentó, triunfando otras tantas, quedaban triunfantes las ideas de la revolución.

CAPÍTULO. XII.

LA CIUDADELA.

No solamente el país entero, sino todas las naciones de la vez se verificaba un suceso, que si no consiguió alcanzar gran importancia, sí hizo que se derramara mucha sangre de mexicanos, en la misma capital de la República. Me refiero al pronunciamiento en la Ciudadela que costó tanto dinero de los amigos de la revolución y tanta sangre inocente derramada con verdadero lujo por el supremo gobierno. La historia se ocupará de ese hecho, lo mismo que de tantos otros que se eslabonaron entónces como una cadena de muerte y esterminio, y hará de todos ellos las debidas apreciaciones: yo solo por incidente me ocuparé de aquel acontecimiento, refiriendo lo que me refirieron y lo que entónces fué público y notorio.

Los generales Negrete, Rivera, Toledo, Chavarria,

Cosío Pontones, Echegaray, Mirafuentes y otros que sería largo enumerar, quisieron resolver la cuestión con un golpe de mano en México bajo el que quedarían deshechos los poderes de D. Benito Juárez y libre la nación para nombrar á otras personas que la gobernarán. Sabían muy bien que una vez reducidos á prisión y á juicio tanto D. Benito Juárez, como su gabinete en la capital, ningún Estado trataría de defenderlos y antes bien, todos tendrían el mayor gusto de abandonarlos á su suerte.

En un solo día, lográndose dar aquel golpe de mano que tantas veces se había intentado, frustrándose otras tantas, quedaban triunfantes las ideas de la revolución.

No solamente el país entero, sino todas las naciones civilizadas, verían con gusto la caída de un gobierno egoísta, reservado, uraño y semi-salvaje, que apenas despedía de cuando en cuando ténues relámpagos de inteligencia y cierta lejana conformidad con las prácticas de la civilización moderna.

Pero se había hecho tanto alarde de aquella conspiración, se habían visto con tal suma de desprecio los elementos de un poder organizado y fuerte, se había estado intentando tantas veces dar este golpe, que era imposible que el gobierno por medio de su gran número de agentes no estuviera advertido de los pasos que daban los conspiradores.

Si hasta yo tuve un espía que andaba siguiendo todos mis pasos y cuya vigilancia esquivé prudente para poder salir de México, ¿cómo no habían de ser

espiados aquellos hombres cuyos manejos con la tropa habían sido sorprendidos tantas veces?

Se puede por lo mismo decir con toda seguridad, que el gobierno estaba advertido de que el 1.º de Octubre iba á estallar la bomba.

No sabría ni cuando ni dónde, pero de seguro sabía que estallaba.

Los conjurados por su parte se habían asegurado de casi de todos los cuerpos que componían la guarnición. En unos tenían ganados á los jefes principales, en otros á los sargentos y á los cabos, en otros á los oficiales de mas influencia y así, en más ó ménos escala, no había fracción alguna de fuerza federal que no estuviera minada.

La única fuerza que no había sido tocada por los conjurados era la de Donato Guerra, que acababa de llegar del interior custodiando una conducta, pero ¿para qué necesitaban de la fuerza contando con el jefe?

Los papeles que tenían que desempeñarse fueron distribuidos. Un general tenía que apoderarse de las guardias de Palacio y hacer la aprehensión del Presidente, los ministros, el Comandante de la Plaza y alguna otra persona de influencia en la administración que pudiera ser peligrosa por sus disposiciones en los primeros momentos. Otro general apoyaría esas disposiciones ocupando las azoteas de palacio con el primer Batallón alojado en el mismo edificio. Otro general debía apoderarse del gobierno del Distrito y de sus dependencias. Otro general ocuparía la ciudad,

otro la cárcel, otro tales y cuales alturas y así sucesivamente.

Aureliano Rivera se pondría á la cabeza de los cuerpos de caballería que habian de secundar el movimiento y con ellos habia de estar listo para acudir á donde se ofreciera.

La señal para todas estas maniobras habia de ser un cohete lanzado desde la torre de Catedral: otros me han asegurado que un cañonazo disparado en la Ciudadela que era el punto con que se contaba con más seguridad.

Háyase dado ó no la señal, algunos aseguran que no se dió y que esto fué lo que frustró todas las operaciones, lo cierto es que no hubo mas pronunciamiento seguro y compacto que el que estalló en un cuartel y en la cárcel de Belem. El oficial de la guardia de este último punto se puso completamente á la disposicion del emisario de los conspiradores y este despues de sacar de allí quinientos presos se fué con ellos en medio del mayor sigilo hacia la Ciudadela. Sorprendió allí á la guardia y sin dificultad se apoderó de todo el fuerte, sacando al pronto por cada puerta cuatro ó cinco cañones. Todas las alturas fueron coronadas de hombres armados y se convirtió aquel edificio en un castilló defendido por mil bocas de fuego.

La desgracia principal consistía en que ni habia hombres útiles para manejar los cañones, ni los presos eran diestros para cargar y descargar los fusiles: verdaderamente los hombres útiles entre aquel desordenado ejército no llegaban á doscientos.

El gobierno supo lo que pasaba á tiempo, y dictó sus medidas. En consecuencia, ni se pronunció la guardia de Palacio, ni los generales pudieron cumplir con sus respectivas comisiones de apoderarse de todos los cuarteles y de todas las alturas.

El único que logró reunir algunos soldados de caballería fué Aureliano Rivera, pero como era el único que aparecía pronunciado en las calles, todos se le echaron encima.

El más audaz fué el coronel José M. Castro que habia llegado ya á gobernador del Distrito, término de su ambicion suprema, y pagó con la vida su atrevimiento de querer salir al paso á las ligeras huestes de Aureliano. En un pequeño combate que se verificó cerca de la garita de S. Cosme, cayó atravesado de una herida en el corazon.

Este era el mismo Castro que meses antes ocupaba el puesto de jefe de la prision militar de Santiago Tlaltelolco.

Despues fué inspector de policía y acababa á la vez de ver realizados sus sueños de oro viéndose nombrado gobernador. Este habia sido su delirio durante muchos años y la idea que mas dominaba en su cerebro. Era hombre enérgico y audaz como pocos, y consiguió lo que queria no sin tener que vencer grandes obstáculos.

En la jornada de 1^o de Octubre queria seguramente ganarse la banda de general que todavia le faltaba para ver mejor satisfechas sus ambiciones.

Algunos dicen que murió en combate singular tra-

bado con Aureliano: lo que todos sabemos es que pereció en aquel encuentro, siendo su muerte muy sentida de todos sus amigos.

El recuerdo que por mi parte le consagro aquí es muy merecido, porque como jefe de la prision de Santiago fué con nosotros caballeroso, leal y campechano.

El momento escogido para aquel golpe de mano que iba á cambiar la situacion pública en un instante, fué el mejor que podia escojerse, porque el ministro de la guerra se encontraba en S. Angel, departiendo con un cura muy amigo suyo; el comandante militar se hallaba léjos del centro de las operaciones y solo el Sr. Juarez se colocó en su puesto luego que tuvo conocimiento de la alarma, situándose en la puerta de Palacio á dictar personalmente sus disposiciones.

Una Brigada de caballería compuesta de ochocientos caballos fué puesta á las órdenes del general Donato Guerra, á pesar de la seguridad que existía de encontrarse en íntimo contacto con los revolucionarios, situándose con todas sus fuerzas en el Paseo de la Reforma con el finde que quedaran envueltos los flancos de la Ciudadela: al general Rocha con la artilleria disponible y cuatro mil hombres de infantería, fué encargado el asedio de la fortaleza que estaba defendida por cien soldados de línea y cosa de unos ochocientos reclutas entre presos y hombres del pueblo que habian ocurrido voluntariamente á tomar las armas.

Desde el encuentro verificado en las calles que dió por resultado la muerte del coronel D. José M. Cas-

tro, ya no habia más enemigo con quien combatir que el de la Ciudadela, porque ni el general Rivera pudo permanecer un momento más en la ciudad, ni el movimiento habia sido secundado como se esperaba por algunos otros cuerpos en los cuarteles, faltando los principales jefes del movimiento á la combinacion.

El mismo general Guerra que estaba en inteligencias con los porfiristas y comprometido á abrazar su causa, fué puesto fuera de combate dándosele un mando decisivo en aquella jornada. Si él no hubiera sido tan pundonoroso, tan delicado, tan digno, á su sola voz se hubiera vuelto humo en aquel memorable dia el gobierno de D. Benito Juarez. Pero en esto mismo consistió la habilidad de aquel Magistrado: conocia las virtudes de Guerra, y seguro de que no lo traicionaria, colocó la suerte del gobierno en sus manos, con el propósito de mandarlo pasar por las armas despues si era necesaria tal víctima en el altar del principio de autoridad, respecto del cual no admitia controversia.

El general Rocha con su conocida actividad, puso el cerco de la Ciudadela, ó mejor dicho, emprendió sobre aquel punto las operaciones, pues en realidad quedó descubierta la retaguardia por donde más tarde pudieron escaparse muchos de los más comprometidos.

Aunque habia varios jefes y oficiales con los insurrectos y entre ellos, segun supe despues, se hallaban generales tan experimentados como Negrete, Chavarría, Cosío Pontones y Toledo, ni la gente se presta-

ba á la disciplina, ni existia la unidad del mando que es tan necesaria en los combates. Cada cual se situó en el punto que le convino y la defensa de la fortaleza se hizo más bien por el instinto de la conservacion que por abrigar la más remota esperanza en el triunfo. Habia más que suficientes motivos y eran entre otros: el alejamiento de Aureliano Rivera con los pocos hombres que lo siguieron; la presencia de Donato Guerra con el mando de una fuerte columna de caballeria; la falta de los cuerpos que estaban comprometidos á pronunciarse; la escasez de víveres y de toda clase de recursos para sostener un sitio que pudiera durar más de 24 horas, y por fin el ejército que se les echaba encima muy numeroso ya y que podia seguir recibiendo refuerzos, mandado por un jefe experto. A pesar de esto los de la Ciudadela resistieron y resistieron con heroísmo todos los ataques que les dirigió Rocha, mientras llegó la noche con sus sombras á dar á la situación el tinte de un cuadro negro y sin esperanzas.

Luego que oscureció ya nadie pensó mas que en salvarse, aunque para esto fuera necesario apelar á la fuga. La retaguardia de la Ciudadela no estaba cubierta por los sitiadores y por allí se escaparon todos los generales: temieron, y con mucha razon, sucumbir sin ningun provecho, teniendo con toda seguridad que ser fusilados á la vista del Ejército para servir de un terrible ejemplo. Todos sabian que la sentencia de muerte estaba pronunciada contra ellos, é hicieron mal en quedarse todavia algunos pocos para hacer aún una defensa desesperada que no tenia objeto.

Segun lo que entónces referian los testigos presentes, á la media noche no quedaban en la Ciudadela mas que algunos soldados y reclutas en número de 200, mandados por diez ó doce oficiales subalternos, entre los que el de mayor graduacion era el valiente capitán Armendariz, que fué, se puede decir, el héroe de toda aquella jornada.

Rocha al punto que observó el movimiento de fuga que habia en la Ciudadela mandó romper los fuegos y al observar que no eran contestados sino débilmente, avanzó para dar el asalto. Ya no habia quien manejara la artillería en la fortaleza, y los sitiados se rindieron con facilidad entregándose prisioneros.

Entónces comenzó la matanza...

Dicen que primero fueron fusilados todos los que fungían allí como oficiales. El capitán Armendariz se salvó milagrosamente.

Despues se fusiló á los sargentos y cabos.

Y al último á los soldados, sin que escapara de morir uno solo de los que habian caído prisioneros.

Referíase por los periódicos en aquella vez que los fusilamientos habian empezado á la una de la mañana y que á las doce del dia, del 2 de Octubre todavia se oían algunas descargas. Era que se fusilaba tambien á los sospechosos cogidos en los alrededores.

Con sangre ha quedado escrita esa página de nuestra historia que se llama: "La Matanza de la Ciudadela."

Tremendo fué el castigo que se quiso imponer á los revolucionarios, abriendo aquel lago de sangre, en que

solo sufrieron la pena más de doseientos hombres que eran inocentes.

Ese acontecimiento, al cual no se le podrá quitar nunca el carácter de un asesinato en masa, es uno de los puntos oscuros en la vida gloriosa y brillante de D. Benito Juarez.

En el momento en que se observó el movimiento de fuga que había en la Ciudadela mandó tomar los fusiles y al observar que no eran convenientes sino únicamente avanzó para dar el orden. Ya no había quien mandara la artillería en la fortaleza y los soldados se rindieron con facilidad en unas pocas horas.

En el primer momento fueron fusilados todos los que se encontraban allí como soldados. El capitán Arredondo se salvó milagrosamente. Después se fusiló a los sacerdotes y capos. Y al último a los soldados sin que escapara de un solo uno de los que habían caído prisioneros.

Respecto a los que se salvaron en aquellos días los que se salvaron habían escapado a la vez de la ciudad y que se fue hacia el interior del país de Oaxaca. Algunos de ellos se salvaron en algunas partes. Los que se salvaron en algunas partes se salvaron en algunas partes en las montañas. Los que se salvaron en algunas partes se salvaron en algunas partes en las montañas. Los que se salvaron en algunas partes se salvaron en algunas partes en las montañas.

El general García de la Cadena que estaba en México cuando lo de la Ciudadela, corrió a ponerse al frente de sus tropas y se puso a la cabeza de los otros generales que estaban a la expectativa en la ciudad y para quienes aquel suceso sirvió como de señal para lanzarse al combate.

CAPITULO XIII.

EN CAMPAÑA.

La hecatombe de la Ciudadela no produjo el terror que sin duda alguna se propusieron sus autores, pues que los movimientos revolucionarios lejos de abortar con aquel golpe, empezaron á menudear por todas partes.

El general Porfirio Diaz, sostenido por su hermano D. Félix que era el gobernador de Oaxaca, se pronunció en la Noria, expidiendo el plan que le había remitido Benitez como aprobado por el Directorio; los generales Treviño y Naranjo impulsados por la comision compuesta de Carlos Diez Gutierrez y Juan Muñoz Silva se pronunciaron en Monterey, quedando autorizado el movimiento por la misma legislatura; Pedro Martinez que habia sido el primero como siempre en lanzarse á la pelea, habia atacado ya en camino de S-